

llaveros, es un reo que el Tribunal de Assises estará condenando en este momento.

Al salir al corredor se nos acercó el sacerdote. Venía de almorzar.

En la puerta me apretó la mano afectuosamente, al mismo tiempo que reforzaban mi escolta con cuatro gendarmes.

Al pasar por la enfermería, un anciano moribundo me saludó diciendo: «Hasta luégo.»

Llegamos al patio. El aire fresco que habia respirado hasta allí me hizo mucho bien.

Por desgracia, el trayecto fué muy corto. Un coche tirado por dos caballos normandos esperaba en el patio: era el mismo en que me condujeron á Bicetre: una especie de ómnibus ó silla de posta de forma oblonga, dividido por una reja de hierro, con una puerta en cada seccion, por la que están completamente independientes. Todo él tan sucio, tan negro, tan asqueroso como la cesta de un traperero.

Ántes de sepultarme en aquella tumba de dos ruedas, dirigí al patio una de esas miradas llenas de desesperacion, ante las cuales debieran desplomarse las murallas.

El patio principal es una plazuela rodeada de árboles..... En ella se veian más espectadores que de ordinario.

Siempre los curiosos!

En aquel momento caia esa lluvia menuda y helada propia de la estacion; ¡lluvia que sin duda durará más que yo!

Estaba el camino intransitable, el patio inundado de agua y barro. ¡Me complacia en medio de mi apurada situación ver aquellos espectadores en el fango! Era su trono.

Por fin subimos al coche. El alguacil y un gendarme se colocaron en el departamento de delante; el sacerdote, otro gendarme y yo en el otro. Cuatro gendarmes á caballo rodeaban el coche.

Sin contar el postillon, eran ocho hombres para un hombre.

Cuando subí yo, exclamó una vieja:

—Esto me gusta más que las cuerdas.

Lo concibo. Este espectáculo se abarca con una sola mirada, se ve de pronto, es más rápido.

Nada distrae al espectador. No hay más que un hombre; pero sobre él más miserias que sobre todos los presidiarios juntos. Es un licor espeso, pero muy sabroso.

El coche anduvo por fin, produciendo un ruido tan monótono al pasar bajo la bóveda de la puerta principal, que hacía estremecer. Salió al camino, y las pesadas puertas de Bicetre se cerraron tras él. Yo iba inmóvil, aletargado; no podía agitarme ni gritar; iba como el que sueña que le entierran. Oía vagamente el ruido de los cascabeles que llevaban los caballos, cual si sonaran muy léjos, y su vibrante compas me estremecía. Las ruedas, el sonoro trotar de los caballos de los gendarmes, el chasquido del látigo del postillon, todo, todo me parecía lúgubre, fantástico.

Á través de la reja que habia frente á mi asiento,

leí maquinalmente la inscripcion grabada sobre la puerta principal de Bicetre: *Hospicio de la Vejez*.

—¡Parece mentira, dije para mí, que haya personas que puedan envejecer ahí dentro!

Y cual si estuviera despierto y dormido á la vez, di mil vueltas á esta idea en mi pobre cerebro.

De pronto el coche varió de direccion y cambió el punto de vista.

Las torres de Nuestra Señora se dibujaban sobre un fondo azul, envueltas en la espesa niebla que amenaza desplomarse á cada instante sobre París. El punto de vista de mi pensamiento cambió tambien. Á la idea de Bicetre sucedió la de Nuestra Señora.—Los que estén en la torre de la bandera lo verán todo mejor que los demas, me dije sonriendo estúpidamente.

Creo que en aquel momento me empezó á hablar el sacerdote: le dejé decir con la paciencia de un mártir. Oia el ruido de los caballos, de las ruedas, del látigo, y era un ruido más.

Escuché en silencio aquella serie de palabras monótonas, que me adormecian como el murmullo de una fuente y pasaban por mi oido siempre diversas, á pesar de ser las mismas, como los torcidos árboles que venía contemplando desde Bicetre. Pero la voz seca y chillona del alguacil, colocado en el departamento de delante, me sacó de aquel letargo.

—Y bien, señor abate—dijo con alegre tono—¿qué hay de nuevo?

El sacerdote, que me hablaba sin parar, no le contestó.

—Caramba!—repitió el alguacil alzando la voz para dominar el ruido que nos acompañaba y seguía, como anunciando nuestra marcha;—infernál coche!

—En efecto, es infernal, dije yo para mí.

Y continuó:

—Sin duda son los baches..... no se oye..... ¿Qué os quería decir? Haced el favor de recordarme lo que os quería preguntar, señor abate..... Ah!..... sí..... ¿sabeis la gran noticia que corre hoy por París?

Temblé, como si hablase de mí.

—No—dijo el cura, que ya oía: no he tenido tiempo esta mañana para leer los periódicos; esta noche los veré. Cuando tengo que estar ocupado todo el día, como hoy, le encargo al portero que me los guarde, y los leo por la noche ántes de cenar.

—Bah!—replicó el alguacil—es imposible que no lo sepais, porque es la noticia que con más velocidad ha circulado por París!

Entónces tomé la palabra y dije:

—Creo saberla.

El alguacil me miró atónito.

—Vos! de veras? Veamos..... y qué opinais!?

—Qué curioso sois!

—Por qué?—replicó el alguacil.—Cada uno tiene su opinion política; y como yo supongo que tendreis la vuestra.....

—En cuanto á mí, soy de los que opinan que se debe restablecer la guardia nacional. Era sargento de mi compañía, y confieso que me agradaba, que.....

No le dejé concluir.

—Me pareció que no se trataba de eso.

—Pues de qué habia de ser! ¡Cómo habeis dicho que sabíais la novedad!....

—Hablaba de otra, de que tambien se ocupa hoy París.

—Otra novedad! Dónde diablos la habeis sabido? Decidlo por favor. La sabeis vos, señor abate? Estais más al corriente que yo. Decídmela, os lo ruego. Yo siempre ando á caza de noticias nuevas, para contárselas al señor presidente, porque así le divierto.....

Y miró alternativamente al sacerdote y á mí; pero al ver que yo, por toda contestacion, me encogí de hombros, me dijo:

—Y bien, en qué pensais?....

—Pienso—le respondí—en que esta tarde ya no pensaré más.

—Ah! es eso! Vamos; no esteis tan triste: Mr. Castaing charlaba mucho.

Despues de una pausa, dijo:

—Tambien he llevado á Mr. Papavoine: llevaba una gorra de piel de nutria, y fumaba. En cuanto á los de la Rochela, no hablaban más que entre ellos, pero hablaban.

Hizo una pausa, y continuó:

—Qué locos eran! qué entusiastas! Parecia que despreciaban la vida. Vos estais muy abatido, jóven.

—Jóven decís? Soy más viejo que vos. Cada cuarto de hora que pasa es un año que cae sobre mí.

Se encogió de hombros; luégo me contempló algunos segundos con estúpida admiracion, y se sonrió.

—Vamos, quereis chancearos.... más viejo que yo.... si puedo ser vuestro abuelo.....

—No me chanco, le contesté con gravedad.

Entonces sacó una caja de rapé.

—No os incomodeis; tomad un polvo y no me guardéis rencor.

—No tengais cuidado; no tendré tiempo para guardarlo.

Al darme la caja por entre la reja que nos separaba, un violento vaiven hizo que se desprendiera de sus manos, y que cayera abierta á los piés del gendarme.

—Maldita reja!—exclamó el alguacil.—¿Veis qué desgracia? Se ha perdido todo el tabaco.

—Más perdido estoy yo—le contesté sonriendo.

Y miétras recogia con los dedos el tabaco y el polvo á la vez, murmuraba.

—Más que yo! Eso es fácil de decir!.... Qué diablo! No tener tabaco hasta que llegemos á París..... ¡es horrible!....

El cura entónces le dirigió algunas palabras de consuelo; me parece que era la continuacion del discurso que me estaba dirigiendo.

Poco á poco la conversacion se redujo al sacerdote y al alguacil: yo les dejé para no pensar más que en lo *mío*.

Al llegar á la barrera, sin duda por efecto de mi preocupacion, me pareció que habia en París más ruido que de costumbre.

El coche se detuvo ante la casilla del resguardo; pero los aduaneros no registraron el coche. Si hubiera

ido en él un cordero ú otra res cualquiera, hubiera sido necesario pagar; pero una cabeza humana no devenga derechos. Por lo tanto pasamos sin entorpecimiento y sin gasto.

Atravesamos el boulevard; el coche se internó en las antiguas y tortuosas calles del Faubourg de San Marcelo y de la Cité, que serpentean y se cruzan como caminos de un hormiguero.

Sobre el suelo empedrado de estas estrechas calles, el ruido del coche era tan estrepitoso, tan continuo, que no oia nada del ruido exterior. Cuando dirigí mi vista por la cuadrada reja, me pareció que los transeuntes se detenian mirando el coche, y que un grupo de muchachos le seguia corriendo y gritando.

Tambien me pareció ver de trecho en trecho algunos pobres andrajosos, que tenian en la mano muchas hojas impresas, que las gentes se disputaban y leian con avidez.....

Daban las ocho y media en el reloj de Palacio, cuando entrábamos en el patio de la Conserjería. La vista de su gran escalera, de su negra capilla, de sus sinietras puertas, me aterró. Cuando paró el coche, creí que los latidos de mi corazon iban á parar tambien.

Reuní mis fuerzas.

La puerta se abrió con rapidez: descendí de aquel calabozo ambulante, y me hallé entre dos filas de soldados, por entre los cuales me condujeron precipitadamente. Allí tambien estaba la multitud! ¡Siempre los curiosos!....

XXIII.

Andando por las galerías públicas del Palacio de Justicia me creía casi libre, respiraba; pero al ver ante mí puertas bajas, escaleras secretas, pasillos interiores, corredores largos, ahogados y silenciosos, donde no entran más que los sentenciados, me abandonó toda esperanza.

El alguacil me acompañaba. El sacerdote me había abandonado para volver á las dos horas. Tenía que hacer.....

En seguida me llevaron al gabinete del director, y el alguacil hizo entrega de mi persona, como lo hubiera hecho de un mueble cualquiera. No era más que un cambio. El director le rogó que esperase un momento, pues tenía *caza* que darle, á fin de que la condujera á Bicetre, aprovechando la vuelta del coche.

Este sería sin duda el condenado que debía dormir aquella noche sobre la misma paja que yo había usado.

Miéntras esperaba, me llevaron á una habitación inmediata, y me dejaron solo, pero cargado de hierros.

No sé lo que pensaba, ni el tiempo que llevaba allí, cuando sonó á mi lado una brusca y estrepitosa carga-jada, que me sacó de mi abatimiento.

Levanté los ojos y temblé. No estaba solo. Delante de mí había un hombre de unos cincuenta años, de estatura regular, cutis arrugado, pelo casi blanco, fuerte musculatura y mirada siniestra; una sonrisa amar-

ga vagaba todavía por sus labios; estaba andrajoso, sucio, casi desnudo.

Parecia que le habia conducido el aire, puesto que habia entrado allí sin que yo lo notase.

—Si la muerte viniera tambien así!....

—Quién sois?—le dije haciendo un esfuerzo.

—Vaya una pregunta!—respondió.—Un pescado.

—Un pescado!.... Qué quiere decir eso?

Esta pregunta aumentó su hilaridad.

—Eso quiere decir—añadió soltando otra carcajada—que dentro de seis semanas jugarán en la costa con mi cabeza, como van á hacer con la tuya dentro de seis horas..... Hola, hola! parece que ahora lo entiendes.

En efecto; debia estar lívido. Este era el otro sentenciado, el heredero mio que esperaba en Bicetre.

Y continuó:

—Qué quieres? Saber mi historia? Te la contaré. Soy hijo de un buen hombre: fué lástima que el *buchá* se incomodase un dia atándole la corbata. Era cuando reinaba la Horca por la *gracia* de Dios.

Á los seis años no tenía ya padre ni madre; en el verano hacía la rosca en el polvo, en el campo ó en las carreteras, donde algunas veces me arrojaban uno ó dos sueldos desde alguna silla de postas; en el invierno iba descalzo por el barro y el hielo, soplándome las yemas de los dedos amoratadas por el frio, y enseñando las entumecidas piernas por los agujeros del pantalon, digo, de lo que yo llamaba pantalon.

Á los nueve años ya me servia de los *dátiles*; de cuándo en cuándo *tomaba* un bolsillo que no me ofre-

cian, ó hacia algun *atraco* y *balogaba* á la *bambanicha*.

Por último, á los diez era ya un *choro* completo.

Despues hice conocimientos, y á los diez y siete era un refinado maestro en el arte de *tomar*.

Pero una noche, al abrir la puerta de una botica que el amo tenía cerrada, me *trincaron*.

Como tenía la edad que marca la ley para sufrir condenas, me enviaron al mar para que ejercitase mis fuerzas remando en las galeras del rey.

Pero las tales galeras es el presidio más perro de cuantos he conocido.

Se duerme en una mala tarima; se bebe agua, y casi siempre no toda la que pide el cuerpo; se *jama* pan tan negro como el trabajo; se arrastra una bola de hierro, que no sirve para nada; se reciben muchos golpes; se toma el sol en invierno y en verano, aunque se achicharren las entrañas, y se lleva la cabeza rapada, aunque, como me sucedia á mí, tenga uno buen pelo.

Figúrate cuántas gangas!

Y sin embargo, cumplí como un hombre, pagando los quince años que me pidieron, con los cuales completé los treinta y dos.

Una mañana me dieron un pasaporte y setenta y cinco francos que habia ganado en los quince años de presidio, trabajando diez y seis horas diarias, treinta dias cada mes, y doce meses cada año, con cuyas ventajas estaba ya decidido á ser un hombre de bien, pues habia ganado tambien sin saberlo muy buenas ideas y

mejores propósitos, creyéndome ya superior á todos los que se visten por los piés. Pero..... maldito pasaporte!.... era amarillo y tenía escrito al pié: *Licenciado de presidio*..... era preciso enseñarlo en todas partes y presentarme cada ocho dias al alcalde del pueblo en que quisiera establecerme. Qué hermosa recomendacion, ehé? un presidiario! Daba miedo á todo el mundo; los chicos huían en cuanto me *guipaban*; me cerraban todas las puertas. Nadie me quiso dar trabajo.

Despues que me *jamé* los setenta y cinco francos, era necesario *buscársela*. Ofrecí mis brazos para cualquier trabajo, y me dieron con la puerta en los hocicos. Ofrecí trabajar de sol á sol por quince sueldos..... por diez..... y hasta por cinco! ... Nada!.... Qué hacer? Un dia tuve hambre, y acercándome al mostrador de una panadería *choré* un pan; pero me trincaron otra vez, y sin comer el pan que habia *tomado*, salí con cadena perpétua y tres letras en la espalda, marcadas con un hierro candente: si quieres te las enseñaré. ¿Y esto se llama justicia? Pero era reincidente, y la ley así lo mandaba; por lo cual me enviaron á Tolon á hacer compañía á los *verderones*, como se llama á los que llevan á presidio por toda su vida.

Escarmentado con la primera leccion, era preciso que me *guillara*. Para eso habia que atravesar tres murallas, limar dos cadenas, y por junto tenía un clavo. Pero me las *guillé*. Tiraron el cañonazo de aviso, porque nosotros somos como los cardenales de Roma, vestidos de colorado y nos despiden con salvas de puntería cuando nos largamos. Pero aquella pólvora no hizo

más que espantar gorriones. Esta vez no hubo pasaporte amarillo ni dinero. Encontré otros camaradas que habian hecho lo mismo, y me reuní á ellos. El *compadre gordo*, que era el capitan, me dijo si queria ser de los suyos, advirtiéndome que ellos *limpiaban* los bolsillos y equipajes, lo mismo que *taladraban* el pellejo de los viajeros, y que no trabajaban más que de noche. Acepté y me puse á matar para vivir. Una vez *trincábamos* una diligencia, otra una silla de postas, un mercader ó un ganadero. Se les quitaba la *guita*, se dejaba que se largaran las bestias por donde querian, y se enterraba á los hombres al pié de los árboles, teniendo cuidado de que no saliesen los piés, y bailábamos encima del hoyo para que no se conociese que era tierra recién movida. Pues así me hice viejo, viviendo entre las malezas, durmiendo bajo las estrellas, corriendo de bosque en bosque, pero libre, dueño de mí mismo. Y todo para llegar á un fin que ya conocia. Por fin llegó un dia desgraciado, y los cuervos con fusil nos *trinca-*
ron por el cogote. Mis socios se najaron; pero yo, como era el más viejo, me quedé entre las uñas de aquellos gatos con sombreros galoneados. Me trajeron aquí. Yo habia subido toda la escala; me faltaba un sólo palo. Robar un bolsillo ó matar un hombre es lo mismo para mí; tenian que castigarme por la reincidencia, y me ponen en manos del *buchí*. Mi *negocio* ha sido corto: me alegro; ya soy viejo y empezaba á servir de estorbo: mi padre *se casó con la viuda*, y yo me retiro al convento del olvido. Con que, camarada, ya lo has oido. Qué te parece?

Yo le habia escuchado como un idiota, y me callaba; pero volvió á soltar otra carcajada más alta, más estridente que la primera, y me quiso dar la mano.

Retrocedí horrorizado.

—Amigo—me dijo—no tienes cara de bravo. Es preciso que no seas poltron, que vean que tienes *ganas de dormir*. Hay un momento malo, pero se pasa pronto. Quisiera estar allí para que me vieras dar vueltas. Mil rayos!.... siento que no me hayan despachado. Si quieren, *nos acostaremos juntos*. El mismo cura nos servirá á los dos; yo recogeré tus sobras. Vamos, di, ¿quieres ser mi amigo?

Y avanzó un paso hácia mí.

—Gracias—le respondí.—Os lo agradezco.—Una nueva carcajada le causó mi respuesta.

—Calla! de vos.... de vos á mí! eres algun marqués?.... Si eres un marqués.....

Yo le interrumpí diciéndole:

—Amigo mio, tengo necesidad de pensar en mí mismo; dejadme.

La gravedad de mis palabras le tornó de repente pensativo; movió su cabeza gris, y despues se comenzó á rascar el velludo pecho, pues tenia la camisa completamente abierta.

—Comprendo!—murmuró;—el *jabalí*... (sacerdote).

Despues de algunos instantes de silencio, me dijo con cierta timidez:

—Vos sois un marqués; teneis una levita muy buena, que ya no os servirá para nada, porque luégo os la quitarán. Dádmela; la venderé y podré comprar tabaco.

Me quité la levita y se la dí. Daba saltos de alegría como un muchacho. Pero al verme en mangas de camisa y tiritando, me dijo :

—Teneis frio, caballero? Poneos esto. Está lloviendo y os mojareis; y sobre todo teneis que ir bien arreglado en la carreta.

Y al decir esto, se quitó su chaqueta de lana parada, metiéndome las mangas. Yo le dejaba hacer.

Luego me apoyé en la pared: no puedo explicar el efecto que me producía aquel hombre. Estuvo examinando la levita y dando gritos de alegría.

—Los bolsillos están nuevos! El cuello sin rozar!.... Lo ménos me darán quince francos... Qué alegría! Voy á comprar tabacó para las seis semanas.

En esto abrieron la puerta. Nos venian á buscar á los dos. Á mí para conducirme al sitio donde los reos esperan la hora; á él para llevarle á Bicetre. Él mismo se colocó, dando carcajadas, en medio del piquete que debia conducirle, diciendo á los gendarmes:

—Ah! no me mireis; hemos cambiado de pelaje el señor y yo; que no nos cambien colocándome en su sitio: diablo! eso sí que me incomodaria, porque ahora tengo con qué comprar mucho tabaco.

XXIV.

Aquel viejo malvado me ha quitado la levita, porque la verdad es que yo no se la he dado, dejándome en cambio una miserable chaqueta. Qué voy á parecer? ¿He dejado que la tomase por negligencia ó por ca-

ridad? No: porque era más fuerte que yo: si se la hubiese negado, quizá un golpe.....

Caridad! cuando estoy lleno de malos pensamientos; cuando hubiera querido estrangular entre mis manos, aplastar bajo mis piés á ese viejo ladron.....

Tengo el corazon lleno de amargura y de rabia, como si la hiel se me hubiera esparcido por el cuerpo.

La muerte oficial le hace á uno infame.

XXV.

Me han conducido á otra habitacion, donde no hay más que cuatro paredes desnudas, con muchas barras de hierro en la ventana y cerrojos en la puerta: ¡como todas!

He pedido una mesa, una silla y utensilios de escribir. Todo me lo han traído.

He pedido una cama. El carcelero me ha mirado con asombro, cual si quisiera decirme.....

—Para qué?

Me pusieron un catre solamente.

Al mismo tiempo un gendarme vino á instalarse en lo que llamaron aposento. ¿Si tendrán miedo que me estrangule con el colchon?

XXVI.

—Son las diez.

—Hija de mi vida! ¡seis horas más y ya no tendrás padre! seré una cosa inmunda que arrastrarán por las

frias mesas de los anfiteatros; una cabeza que harán pedazos, un tronco que destrozarán, que meterán en un sucio ataud, y llevarán á Clamart.

Hé ahí lo que van á hacer de tu padre esos hombres que no me odian, que hasta me compadecen, que podrian salvarme. ¡Y esos mismos hombres me van á matar!.... Comprendes, María? me matan á sangre fria, con solemnes ceremonias, por el bien de la sociedad. Dios mio!....

Pobre niña! ¡tu padre que tanto te ama; tu padre que tanto placer sentia al contemplar tu nevada y redonda garganta; que enredaba sus dedos entre los dorados rizos de tu hermosa cabeza; que besaba tu cara de ángel, y que al acostarte unia tus manecitas enseñándote á rogar á Dios!....

Ahora quién hará todo eso? quién te amará? Todos los niños de tu edad tendrán padre, ménos tú, ¡ángel mio! ¿quién te dará el dia de tu santo ó por las Pascuas los juguetes, los dulces y los besos que te daba tu padre? quién te ganará el sustento?....

Oh! María! si los jueces te hubieran visto, comprenderian que no deben, que es imposible matar al padre de una niña de tres años.

Y cuando seas mujer, si es que vives, ¿qué será de tí? Tu padre será uno de los recuerdos patibularios de París, y te avergonzarás de mí y de mi nombre: te verás despreciada, rechazada, envilecida por mi causa: por mí, Dios mio, que la amo con todo mi corazon! Ah María de mi alma! hija de mi vida! ¿es posible que mi memoria te llegue á inspirar vergüenza y horror?

Desgraciado! ¡qué crimen he cometido y qué crimen voy á hacer cometer á la sociedad!

Oh! y he de morir ántes que el sol se ponga? ¡justo cielo....!

¡Esos gritos que llegan hasta mí, esa muchedumbre alegre que invade las calles, esos gendarmes que salen de sus cuarteles, ese capellan con su negro traje, ese otro hombre con las manos rojas, son para mí...! ¡para mí, que voy á morir..... yo..... el mismo que está aquí, que ve, que se mueve, que respira, que se sienta..... para mí, en fin, que siento, que pienso, lleno de vida y de amor para la hija de mi alma....!

XXVII.

Si supiera al ménos cómo se hace, cómo se muere encima de..... es horrible no saberlo!

El nombre de la cosa aterra; no comprendo cómo he podido escribirle, ni pronunciarle.

¡La combinacion de esas nueve letras, su aspecto, su colocacion, están hechas á propósito para despertar una idea horrible! ¡Y segun cuentan, fué un médico el que inventó la..... cosa..... esa que tanto horror infunde....! Pero á qué pensar más!.... ¡tenía un nombre predestinado, y basta!

La figura que representa esa odiosa palabra es vaga, siniestra. Cada sílaba es para mí una pieza de la máquina. He construido y derribado en mi imaginacion ese monstruoso andamio.

No me atreveré á preguntarlo cuando esté arriba,

pero es atroz no saber lo que es , ni cómo me he de colocar. Dicen que es una báscula sobre cuya plancha tienden al..... Ah! ¡ántes de caer mi cabeza habrán encanecido sus cabellos!....

XXVIII.

Sin embargo, creo haberlo visto una vez.

Pasaba un dia en un coche por la plaza de la Grève, á eso de las once de la mañana. El coche se detuvo de repente.

La plaza estaba inundada de gente; me asomé por la ventanilla y vi que un populacho inmenso llenaba la Grève y sus avenidas: hombres, mujeres y niños estaban en los balcones viendo construir el fatal edificio donde colocan el trono de la muerte.....

Por encima de las cabezas vi un pedazo de madera roja que estaban colocando tres hombres.

Un reo iba á ser ejecutado aquel dia y estaban disponiendo la horrible máquina.

Volví la cabeza con terror. Al lado del coche una mujer decia á un niño:

—Mira, la cuchilla no corre bien, la van á dar sebo con aquel cabo de vela.....

Probablemente á estas horas estarán haciendo lo mismo. La darán sebo.

Ah! infeliz! esta vez no volveré la cabeza.

XXIX.

Oh! mi perdon! mi perdon! tal vez me perdonen... Pero el rey no quiere. ¡Que busquen á mi abogado, que venga pronto! quiero el presidio. Cinco años, diez, veinte, la perpetua con la marca de hierro, todo menos morir!.... tengo una hija!....

Un presidiario vive, va y viene, ve el sol.

XXX.

Ha venido el sacerdote.

Tiene el pelo blanco, aire bondadoso, buena y respetable figura: en efecto, parece un hombre excelente y caritativo. Esta mañana le vi repartir un bolsillo entre los presos. ¿En qué consiste que su voz no me conmueve? En qué consiste que nada de lo que ha dicho hasta ahora ha herido mi inteligencia ni mi corazón?

Verdad es que esta mañana estaba yo loco. Apenas entendí lo que me dijo. Sin embargo, me parece que sus palabras eran vagas, inútiles; por eso permanecí indiferente y resbalaron sobre mí como la lluvia sobre esos cristales.

No obstante, al acercarse á mí me he conmovido.

—Entre todos, éste es el único hombre que necesito—me dije, sintiendo una sed ardiente de palabras de consuelo.

Estábamos sentados; él en una silla, yo en el catre.

—Hijo mio—me dijo.

Esta frase ensanchó mi corazón.

—Hijo mio, crees en Dios?

—Sí, padre mio—respondí.

—¿Crees en la Santa Iglesia, católica, apostólica y romana?

—Creo.

—Hijo mio—replicó—parece que dudas.

Entonces habló mucho tiempo, dijo muchas cosas, y al concluir su discurso me miró por primera vez, preguntándome:

—Y bien?

Confieso que al principio le había escuchado con ansia, con fervor, luego con atención, y últimamente le oía sin escucharle.

Me levanté.

—Señor—le respondí—dejadme solo, os lo ruego....

—Cuándo vuelvo? me preguntó.

—Ya os avisaré.

Salió sin despedirse, pero meneando la cabeza, como quien dice:

—Es un impío.

No, no es verdad. Aunque esté humillado, aunque sea el más miserable de los hombres, no soy un impío. Dios es testigo, Dios sabe que creo en él.....

Pero qué me ha dicho ese anciano? ¡Nada conmovedor, nada cariñoso, nada que haga llorar, nada que hiera el sentimiento, nada que vaya recto al corazón; absolutamente nada!

Al contrario, sus palabras eran vagas, sin expre-

sion, aplicables á todo y á todos; superficiales, debiendo ser profundas y sencillas á la vez; en fin, una especie de sermón, una elegía teológica. Citas latinas, dichas en latin. San Gregorio, San Agustin..... y luego lo decia todo como si repasara un tema olvidado; ni una mirada, ni expresion en su voz, ni accion en sus manos.....

Pido demasiado. Ese sacerdote es por oficio capellan de la cárcel. Su estado habitual es consolar y exhortar, puesto que vive de eso. Los presidiarios y los reos son los resortes de su inteligencia. Los confiesa y los asiste por obligacion. Ha envejecido acompañando hombres al cadalso. Está acostumbrado á eso que horroriza á los demas, y sus blancos cabellos no se erizan nunca. El presidio y el patíbulo son para él dos cosas ordinarias. No será extraño que tenga apuntados en un cuaderno los galeotes en una página, los sentenciados á muerte en otra. Al avisarle que tiene que auxiliar á alguno al dia siguiente, preguntará lo que es, si presidiario ó reo, para leer la página correspondiente. De este modo los que van á Tolon ó á la Grève, son cosa rutinaria para él, y él es una cosa de fórmula para ellos.

Oh! que me busquen, en vez de éste, otro sacerdote, jóven ó viejo, pero encontrado á la casualidad, de la parroquia más cercana, que le saquen de su tranquilo hogar y que le digan:

—Hay un hombre que va á morir y necesita vuestros consuelos. Es preciso que esteis á su lado, cuando le aten las manos, cuando le corten el pelo, que subais con él á la carreta, que le mostreis el crucifijo para

ocultarle el verdugo, que os espongais como él á las miradas de la multitud sedienta de sangre en el camino de la Grève, que le abraceis al pié del cadalso, que le acompañeis hasta que su cabeza quede separada del tronco.

Quiero verle entrar conmovido, tembloroso, sin aliento; quiero arrojarme en sus brazos, caer á sus piés, que llore, que lloremos juntos. Será elocuente, me consolará y mi corazón derramará mis penas en el suyo. ¡Él se apoderará de mi alma y yo abrazaré la cruz del Redentor!

Pero ese otro buen hombre qué es para mí? ¿qué soy yo para él? ¡Un individuo más en la serie de los desgraciados, una unidad que añade á la cifra de las ejecuciones!

Tal vez haga mal en pensar así; tal vez sea bueno y yo sea malo..... Ah! pero no tengo la culpa; es mi aliento de condenado que infesta, que emponzoña cuanto me rodea.

Me han traído comida: han creído que tengo apetito. Son manjares delicados, escogidos. Un pollo, pescado y otras cosas. He intentado comer: ¡todo me ha parecido amargo, podrido!

XXXI.

Acaba de entrar un caballero con el sombrero puesto. No se ha dignado mirarme: ha sacado una cinta y se ha puesto á medir de arriba á abajo las paredes. Ha-

blaba solo y en voz alta diciendo:—Esto es—ó bien—no es esto.

He preguntado al gendarme quién era.—Parece que es el sub-arquitecto de cárceles.

Al fin me miró y debe haberse despertado en él la curiosidad. Ha cambiado algunas palabras con el llavero que le acompañaba: despues ha fijado su vista en mí, ha movido la cabeza con aire de indiferencia y ha vuelto á hablar solo tomando medidas.

Cuando concluyó, se acercó y me dijo con voz chillona:

—Buen amigo, dentro de seis meses esta habitacion será mucho mejor.

Y con el gesto pareció añadir:

—No gozareis de la mejora, es lástima.

Casi se sonreia. Yo esperaba alguna broma ó algun chiste como los que se dicen á una novia el dia de su boda.

Mi gendarme, adusto veterano, se encargó de contestarle:

Caballero—le dijo—no se habla tan alto en la habitacion de un muerto.

El arquitecto se marchó.

Yo permanecí en el mismo estado, tan inmóvil como las paredes que acababan de medir.

XXXII.

Me ha pasado una cosa casi increíble, ridícula. Han relevado á mi viejo gendarme, y yo, egoista, ingra-

to, no me he despedido. Otro le ha reemplazado: mala figura, frente estrecha, ojos de buey, y facciones estúpidas.

Verdad es que no he notado su marcha. Estaba de espaldas á la puerta, apoyado en la mesa y tratando de refrescar mi frente con mi mano; horribles pensamientos me dominaban.

Un ligero golpe que sentí en el hombro me hizo volver la cabeza.

Era el nuevo gendarme, con el que me encontraba solo.

Hé aquí, poco más ó ménos, lo que me dijo:

—Reo, tienes buen corazon?

—No,—le contesté.

Mi brusca respuesta le desconcertó algo; sin embargo, continuó, aunque en tono más bajo:

—No se debe ser malvado por sólo el placer de serlo.

—Por qué no? le repliqué.—Si no teneis otra cosa que decir, dejadme en paz. Acabad, qué quereis?

—Perdon, reo,—respondió.—Dos palabras solamente. Oid: si pudiéseis proporcionar la felicidad á un pobre hombre, y esto no os costara ningun trabajo, ¿lo haríais?

Me encogí de hombros con desprecio, y dije:

—Mal vaso escogeis para beber vuestra dicha. ¿Puedo yo hacer la felicidad de alguien?

—Sí, reo; sí: dicha, fortuna..... Vos únicamente me la podeis dar. Yo soy un pobre gendarme: el servicio es muy pesado y la paga muy ligera: mi caballo y mi mujer me arruinan. Para cubrir estos gastos, juego á

la lotería. He tomado eso como industria. Hasta ahora para ganar no me ha faltado más que tomar buenos números. Siempre le ando cerca. Si llevo el 76 sale el 77. Pero la verdad es que nunca acierto los que salen..... Un poco de paciencia, si gustais; voy á concluir.—Parece ser, perdonadme, reo..... que hoy os despachan. Dicen que los que mueren así como vos ven la lotería ántes que nadie, y saben los números que van á salir. ¿Me prometeis venir mañana por la noche? ¿qué trabajo os cuesta decirme tres números buenos, eh? Yo no tengo miedo á los muertos; podeis apareceros sin cuidado. Mis señas son: cuartel Popincourt, escalera A, número 26, al fin del corredor. Os acordareis, ¿no es verdad? Mejor sería que fuéseis esta noche.

Iba á despreciar á éste imbécil, cuando una esperanza loca ocupó mi mente. Hay situaciones tan extraordinarias, que se forma uno la ilusion de romper instantáneamente una cadena con un cabello.

—Escucha—le dije fingiendo toda la serenidad que puede tener el que va á morir;—en efecto, puedo hacerte más rico que el rey, darte muchos millones, pero con una condicion.

Sus estúpidos ojos querian saltar de sus órbitas.

—Cuál? cuál? Reo, decid todo lo que deseais.

—En vez de tres, te prometo cuatro números, pero hemos de cambiar de traje.

—Si no es más que eso.....—exclamó quitándose la hebilla del cinturón.

Salté de la silla. Observé con ansiedad febril todos sus movimientos; me palpitaba el corazón con atroz

violencia: ya veía abrirse todas las puertas ante mi uniforme de gendarme, y la plaza, la calle, el Palacio de Justicia desaparecían.....

Pero se detuvo, y con aire indeciso dijo:

—Supongo que no será para salir de aquí.

Todo se había perdido. Sin embargo, intenté el último esfuerzo, aunque era insensato, inútil.

—Sí, para salir—le contesté;—pero reflexiona que aseguro tu fortuna.

—Ah! ya..... pero para que me traigais buenos números, teneis que morir.

Deshecha en humo mi esperanza, me arrojé sobre la cama con una desesperación muda, pero horrible.

XXXIII.

Cerré los ojos, los cubrí con mis manos, tratando de olvidar el presente y dirigir mi pensamiento á lo pasado.

En mi fantasía los recuerdos de mi infancia, de mi juventud se aparecieron uno á uno, dulces, alegres, hermosos, llenos de flores, de atractivos, de vida, y desvanecieron por un momento las horribles ideas que dominaban mi espíritu.

Volví á mi edad de niño, de estudiante alegre; jugaba, corría, gritaba, saltaba con mis compañeros por las hermosas alamedas del bosque en que corrieron mis primeros años, junto á un antiguo convento, bajo la sombría cúpula de Val de Grace.

Me vi cuatro años más tarde, todavía niño, pero ya más reflexivo, más apasionado.

Hay una niña en el solitario jardín, una pequeña española de ojos rasgados y cabello negro, color moreno, labios rojos y sonrosada mejilla; una andaluza de catorce años..... Pepita!

Nos dijeron nuestros padres que corriéramos juntos, y nos pusimos á pasear. Nos dijeron que jugásemos, y hablábamos; éramos de la misma edad, pero no del mismo sexo.

Corrimos, jugamos, disputamos, pero siempre juntos. Reñimos por la manzana más hermosa, nos pegamos por un nido de pájaros. Lloró ella, y yo la dije:—Toma por ser mala.—Juntos vamos á quejarnos á nuestras madres, que nos regañan en voz alta y nos dan la razón en voz baja.

La siento apoyarse en mi brazo..... ¡Qué orgulloso, qué conmovido estoy! Andamos muy despacio, hablamos muy bajito..... Deja caer su pañuelo, lo recojo.... al tocarse nuestras manos, tiemblan..... Me habla de las aves, de las estrellas..... me señala con su linda mano la puesta del sol y el horizonte cubierto de rojas tintas; me habla de sus amigas de colegio, de sus trajes, de sus cintas: todo es inocente, y sin embargo, al mirarnos nos sonrojamos.

La niña fué mujer.....

La tarde es de verano. Nos hallamos bajo unos arrogantes castaños de Indias, en el último extremo del jardín. Después de un largo rato de silencio, suelta de pronto mi brazo, diciendo:—Vamos á correr?

Va vestida de negro, lleva luto por su abuelita; pasa por su mente un recuerdo de la niñez, y Pepa vuelve á ser Pepita cuando me dice: —Vamos á correr.

Así lo hace, inclinando hácia delante su talle esbelto, y mostrándome su diminuto pié al recoger su falda. Yo la sigo, más no puedo alcanzarla; el viento que levanta en su carrera hace ondular sus negros rizos, y me deja ver una parte, aunque pequeña, de la más preciosa garganta.

Estoy fuera de mí. Por fin logro cogerla al terminar la alameda y rodeo su cintura con mis brazos como trofeo de mi victoria. Hago que se siente sobre el césped y no se resiste.

Tiene las mejillas como amapolas; el calor la sofoca, pero se sonríe. Qué hermosa está!.... ¡Y yo qué silencioso la contemplo!....

—Siéntate—me dice.—Todavía hay sol, leamos. Traes algun libro?

Saco el segundo tomo de los viajes de Spallanzani. Abro al azar, me acerco más á ella, unimos nuestras cabezas y nos ponemos á leer la misma página. Para volver las hojas, siempre es ella la que espera. Mi imaginacion camina más despacio que la suya.

—Has concluido?—me dice cuando apenas he comenzado.

Nuestras cabezas están cada vez más juntas, se mezclan nuestros cabellos, nuestro aliento se confunde, y de repente se unen tambien nuestros labios.

Cuando volvimos á continuar la lectura, el cielo estaba cubierto de estrellas.....